

BLOC DE NOTAS

# El río como última condición de ser

La alemana **Esther Kinsky** indica en su primer libro el camino seguido más tarde, con una escritura especialmente dotada para moverse en los espacios liminales [ficina@gmail.com](mailto:ficina@gmail.com)

Luis M. Alonso

La narradora del nuevo libro de la alemana **Esther Kinsky** (Renania, 1956) se instala en un piso en las afueras de Londres, portando consigo cajas de mapas y fotografías adquiridos en mercados, en un agosto que ya hace presagiar la llegada del otoño. Espera volver a partir, en primavera, hacia el este, no está claro si en busca de algo o por falta de mejores razones para quedarse donde está. Es alemana, judía, ha pasado años vagando de un país a otro, perdió a su padre; no tiene nombre, como tampoco muchos de los que intentan olvidarse de sí mismos. Igual que **W. G. Sebald**—el desaparecido escritor con el que se compara a la autora de «El río»— emprendió aquel viaje a pie por el condado de Suffolk, bordeando los límites del mar para llenar el vacío en su interior, la protagonista del libro de Kinsky recorre el trazado del río Lea partiendo de Hackney, después de romper con su vida pasada. Inmersa en una especie de tránsito nómada, desea conocer a quienes residen permanentemente en un solo lugar. Caminando toma contacto con los olores de la ciudad allí donde la urbe se disuelve en marismas, arroyos y terrenos en los que el paisaje se transforma en algo extraño e inestable.

Los ríos son fenómenos recurrentes, por no decir habituales, en la literatura. En el caso de **Magris**, el Danubio, actúa como un cauce reconocible de la historia; en Kinsky, con el Lea, mucho más humildemente el pasado se reencuentra con el presente y no es fácil distinguirlos. La

condición última de todo es ser río, no en vano la escritora alemana invoca en el epígrafe las palabras de **Ian Sinclair**, autor y cineasta galés, conocido por sus trabajos psicogeográficos en el entorno londinense. Es esa literatura ocultista que el propio **Peter Ackroyd**, a quien se debe una de las mejores biografías de la capital británica que conozco, empezó a desvelar en «London Under».

Poblado de pasajes meditativos y descriptivos, y de lirismo, «El río» de Kinsky se desarrolla en un ritmo cadencioso y tierno, dividido en 37 capítulos que se pueden leer en cualquier orden sin afectar demasiado al tronco esencial de la narración que contiene una atmósfera surrealista, visionaria y a menudo cómica sobre el este de Londres, habitado por inmigrantes, y también sobre el significado del exilio. Resulta, a la vez, una hermosa exploración de los vínculos inquebrantables de la memoria con el entorno natural. Es culta pero, al contrario de lo que sucede con la obra de Sebald, no presume de erudita, aunque la escritura sí mantiene cierta precisión brumosa y un tono lúgubre comparable, con imágenes evocadoras, descripciones inteligentes y observaciones poéticas. La narradora de Kinsky simplemente está allí, soportando la compañía del óxido, el musgo, la suciedad, las grietas, los charcos, la hierba medio muerta, la basura, el alambre, los ladrillos desperdigados, el hormigón residual, el suelo ennegrecido por las viejas hogueras, los boquetes, los fragmentos de tela, los juguetes de plástico abandonados, los hierbajos, los árboles jóvenes y los animales muertos. Con los objetos acumulados durante sus paseos y las fotografías se ve arrastrada a los diferentes ríos que la han acompañado en las distintas etapas de su vida, desde el Rin, donde creció, hasta el San Lorenzo, el Hughli, o las orillas del Oder. Cuando piensa en el río, cuenta, le vienen a la mente panoramas, destellos, visiones de la infancia y postales que le describen los recuerdos.

Como ocurría en «Arboleda» y en «Rombo», su segundo y tercer libro, publicados también por Periférica, Kinsky recorre en «El río», la primera de sus exploraciones, esa misma escenografía errante, con una prosa rítmica delicadamente volcada en los detalles y las descripciones; una narrativa serpeante, de la que surgen personajes humanos, supongo yo la mayoría de ellos imaginarios, que se materializan momentáneamente, y luego se olvidan. Poco importa. En el recuerdo permanecen, sin embargo, las palabras de una escritora especialmente dotada para moverse en esta clase de escenarios marcados por los espacios liminales.\*



## El río

Esther Kinsky

Traducción de Richard Gross

Periférica, 352 páginas, 22,50 euros



# Cultura.

## La conjura de los frívolos

«A resguardo», de **David Leavitt**, una sátira política sobre la América que celebra a las buenas personas

Sergi Sánchez

«¿Quieres decir, entonces, que todas las novelas que aspiran a hacer el bien son por definición malas?». Esta pregunta, que formula un personaje en una de esas conversaciones de tocador que **David Leavitt** (Pittsburgh, 1961) eleva a pequeños fragmentos de una guerra cultural que sigue dando titulares en los telediarios, define las preocupaciones morales de «A resguardo». Porque durante muchas páginas se tiene la impresión de que la sátira de Leavitt quiere buscar su legitimidad literaria plantando la semilla de la maldad, repartiéndolo bofetadas contra la *intelligentsia* del Partido Demócrata que se pone hipertensa cuando oye el nombre de **Donald Trump**. Pero no teman: hay trampa. Esta es una buena novela que quiere hacer el bien, o al menos celebra a las buenas personas.

El decorado es cuando menos frívolo, aunque el apocalipsis esté cerca, al menos para los que votaron a **Hillary Clinton**. Estamos en un ecosistema social en el que lo más sensato es comprarse un apartamento en Venecia si uno no soporta vivir en una América vulgar y gritona. A veces, muchas, «A resguardo» parece una comedia de **Noel Coward** escrita para vengarse de todos aquellos ricos norteamericanos que sacan a pasear su conciencia progresista mientras explotan a sus criados. Los diálogos son entre triviales y sangrantes, y sacan a la luz las miserias de los que se creen el ombligo del mundo con sus *soirées* cocinadas al vapor, su tintineo de vino blanco y sus divagaciones sobre el declive de la civilización cuando su mayor dolor de cabeza es contratar un decorador o llamar la atención de una revista de casas de lujo. Hay algo muy británico—muy **Oscar Wilde**—en este Leavitt que resulta irresistible, pese al vago desprecio que despiertan la mayoría de sus personajes, especialmente cuando se meten—y aquí el autor de «El lenguaje perdido de las grúas» juega con la ambigüedad: ¿pensará lo mismo que ellos?—con **Paul Auster** o con los tres **Jonathans** (**Franzen**, **Safran Foer** y **Lethem**). Británico en la fina ironía, en la acidez corrosiva, del retrato de la ofensiva banalidad que rezuma el inconformismo de hotel de cinco estrellas de las clases privilegiadas neoyorquinas.

Hay, entre tanta queja autocomplaciente, un personaje, el de Bruce—apocado marido de Eva, la ociosa antitrumpista que quiere convertirse en *expat* entre góndolas—, que toma conciencia de que el bien se demuestra cuidando, apoyando, despertando al amor. Su relación con su secretaria, con un linfoma, a la que acompaña en secreto a las sesiones de quimio, y sus encuentros con una amante que no se columbia en su bonhomía, son la demostración de que, en esta América polarizada, en conflicto permanente consigo misma, lo importante sigue leyéndose en términos de empatía y complicidad. Puede que Leavitt se acuerde tarde de que un día fue uno de los líderes del *outing* de la literatura *queer* de los 80 al descolgarse, casi al final de «A resguardo», con un relato sorpresa, que bien podría ser uno de los cuentos de «Baile en familia», y que pretende redimir de una forma un tanto precipitada a uno de los artistas invitados del acuelare veneciano de Eva. En la historia de Jake, decorador de interiores gay que no ha dudado en mostrar sus reticencias en prestar sus servicios a tan frívola antiheroína, está el pasado de Leavitt como escritor, un pasado que, como Bruce y Sandra caminando hacia la esperanzada luz del crepúsculo, ha decidido dejar atrás.



## A resguardo

David Leavitt

Traducción de Jesús Zulaika

Anagrama, 376 páginas, 21,90 euros